

El oficio de geógrafa

Claudia Leal / Universidad de los Andes

Convertirme oficialmente en geógrafa fue para mí una liberación, pues desde que culminé el pregrado me sentía atrapada en mi condición de economista. La geografía es una disciplina muy ecléctica que da una deliciosa sensación de libertad. Recuerdo los coloquios semanales del Departamento de Geografía en Berkeley, donde estudié el doctorado. Los temas eran muy variados: mapeo del fondo del mar, modelos de cambio climático global, sistemas de información geográfica, justicia social en las ciudades, conflictos por los recursos de los bosques... la lista es interminable. Esas charlas me recordaban que aunque el mundo es amplio solemos encasillarnos en nichos muy pequeños.

Claro que ser geógrafa no es hacer todo eso a la vez, implica ubicar un espacio propio y disfrutar de—o despotricar contra—ese universo variado que conforma la disciplina. Las raíces de esa diversidad se hallan en las empresas imperiales de exploración y sus deseos de describir y entender el mundo tanto natural como humano de regiones antes desconocidas. Por eso la geografía nació marcada por un fuerte eurocentrismo. La historia subsiguiente es larga y no es el objeto de este escrito. Me concentraré más bien en lo que para mí ha sido el oficio de ser geógrafa.

Llegué a la geografía por mi interés en la historia y en el medio ambiente. Había trabajado en un proyecto de conservación de biodiversidad en el Pacífico colombiano y quería entender cómo se había formado esa región, pero no había casi nada escrito sobre el tema. Pensé que podía saciar mi curiosidad y llenar el vacío con una tesis doctoral. Sabía que ésa sería una historia de la gente negra, pero también de la selva, y descubrí que la geografía lleva mucho tiempo estudiando de manera conjunta fenómenos ambientales y sociales, y que además, en una de sus versiones, se confunde con su prima, la historia. Desde la geografía pude utilizar una mirada ambiental para entender la transición de una sociedad esclavista a una libre. Los campesinos negros del Pacífico colombiano lograron más autonomía que la inmensa mayoría de gente negra después de la esclavitud gracias a su control del territorio selvático, de donde extraían productos naturales para la venta (como oro y tagua), así como muchos otros para su subsistencia.

La geografía tocaba en mí una fibra más profunda relacionada con el gusto que adquirí de niña de viajar, sobre todo en carro por Colombia, y ver cómo cambia el paisaje y cómo cada lugar tiene su propia historia y carácter. Otros han podido hacer esos viajes

descubriendo la soledad del páramo con Mutis, los horrores de la selva con Rivera o haciendo el clásico viaje por el Magdalena de la mano de García Márquez. Los geógrafos han acompañado a los críticos literarios al usar esas imágenes para entender cómo hemos llenado de significados a nuestra naturaleza tropical.

Al regresar a Colombia el Departamento de Historia de la Universidad de los Andes me abrió sus puertas. Tuve la suerte de ser contratada al tiempo que otra geógrafa, Marta Herrera. Gracias a esa feliz coincidencia, surgió la idea de abrirle un espacio a la geografía en la Universidad por medio de una maestría. Así, ser geógrafa para mí también ha consistido en promover la disciplina, especialmente una versión acorde con el escenario institucional en el que desarrollamos nuestra iniciativa: una Facultad de Ciencias Sociales. En Colombia la debilidad de la geografía en los colegios, sumada a su eclecticismo, ha contribuido a que a pocos se les ocurra incursionar en este campo como opción profesional, pues la ven sólo como un asunto de capitales y rocas. Además, hay pocos programas, cuya orientación en todo caso no ha estado inspirada en las ciencias sociales.

Ser geógrafa en Colombia es, por lo tanto, también, tener una identidad profesional que casi nadie reconoce y que puede ser confusa aún para los demás geógrafos. En mi caso, me permite ser al tiempo historiadora y utilizar herramientas de las humanidades y las ciencias sociales para explorar cómo los seres humanos compartimos el mundo con montañas, animales y una variedad inmensa de elementos y seres que solemos reconocer como parte del mundo natural.

Tal vez mi investigación actual sobre la historia de las áreas protegidas en el país ayude a explicar lo que esto significa. Desde la década de 1960 el estado ha designado extensas áreas, que hoy cubren más del 12% del territorio colombiano, como parques nacionales. Además de designarlas, ha tenido que convertir esos espacios en parques, es decir, buscar que una burocracia especializada los maneje con el fin de garantizar que algo concebido como naturaleza silvestre perdure. Tal proceso ha sido difícil y conflictivo y, sobre todo, ha ayudado a construir al estado mismo en una de sus dimensiones menos estudiadas: la territorial.

Para reconstruir esta historia he tenido que utilizar una variedad de estrategias de investigación. He analizado textos para entender algunas de las formas en que hemos concebido la naturaleza—por ejemplo,

como *biodiversidad*. También he recorrido los parques: en los últimos años he combinado vacaciones familiares y salidas de campo con investigación. Así he podido compartir mi trabajo con mis hijos y también con mis estudiantes en espacios más horizontales que el salón de clases. He tenido además la suerte de conversar con algunos de los artífices de la política de conservación en el país, así como con campesinos que viven en los parques o son sus vecinos. Como mis colegas historiadores, he pasado largas horas en archivos, aunque para ser franca, en este aspecto he contado con

la invaluable ayuda de asistentes de investigación. Así, he podido jugar a ser detective siguiendo las huellas dejadas en la memoria, el papel y el espacio por los protagonistas de esta historia. Y he utilizado la narrativa como principal estrategia para darle sentido a los muchos retazos del pasado encontrados en el camino.

Esta es buena parte la forma cómo soy y he sido geógrafa. Me hallo en un estimulante cruce de caminos entre varias disciplinas y metodologías; otros geógrafos se ubican en puntos diferentes, pero siempre en alguna intersección.